
SUICIDIO Y NATALIDAD: ESTUDIO DE ESTADÍSTICA MORAL (1888)*

Emile Durkheim

Desde que la demografía ha hecho progresos, la cuestión de la población se ha apartado de las discusiones lógicas en las que los economistas la tuvieron relegada durante demasiado tiempo. Hoy en día, uno no se conforma con disertar sobre el principio abstracto de la lucha por la vida o sobre las posibilidades que tiene la producción de alcanzar de un modo más o menos rápido su límite extremo. Semejante método no podía hacer avanzar en ningún caso el problema, ya que, por muy general que sea la ley de la competencia, no es la única en gobernar los hechos sociales y en resolver, según este único axioma, la cuestión harto compleja de la población; lo que equivaldría a condenarse a una solución truncada. Por otra parte, no hay nada más vano que preguntarse lo que será de la población y de los objetos de consumo en un futuro remoto, porque la respuesta depende de mil circunstancias que el observador no puede alcanzar ni prever. La ciencia estudia lo que es antes de intentar adivinar lo que será y no puede inducir el futuro más que en función del presente conocido. En consecuencia, la única manera de decidir si el crecimiento de la población constituye un bien o un mal para un pueblo consiste en observar las sociedades en las que este fenómeno tiene lugar, aquellas en las que existe el hecho contrario y compararlas.

Ahora bien, conviene elegir con cautela el hecho social que vamos a obser-

* Reproducido de la *Revue philosophique*, 26.

var. Solemos discurrir como si la felicidad de los individuos y la de las sociedades aumentasen con la cantidad de objetos consumidos. Planteamos el principio según el cual cuanto más consume un pueblo, más feliz es, y, con semejante planteamiento, creemos que para resolver el problema basta con investigar si los movimientos del consumo varían o no al igual que los de la natalidad¹. Sin embargo, eso significa olvidar cuán relativa es la felicidad. Poco importa que la comodidad sea mayor si las necesidades se incrementan en la misma proporción o más. La satisfacción que éstas reciben no es más completa cuando su intensidad aumenta con la propia satisfacción; la diferencia sigue siendo la misma. Existe en eso una verdad de psicología elemental que los economistas suelen haber ignorado. La felicidad social es un resultado que depende de una multitud de causas. El incremento de los recursos, comunes y privados, no es más que una de estas causas y, con frecuencia, ni siquiera es una de las más importantes. Para que una sociedad se sienta bien, no es suficiente, ni siempre necesario, que gaste mucha hulla o que consuma mucha carne; pero es preciso que el desarrollo de todas sus funciones sea regular, armonioso, proporcionado.

A decir verdad, no poseemos ningún criterio que nos permita valorar con cierta exactitud el grado de felicidad de una sociedad. Pero podemos estimar comparativamente el estado de salud o de enfermedad en el que se halla, ya que disponemos de un hecho suficientemente conocido que traduce en cifras las enfermedades sociales: es el número relativo de suicidios. Aunque no sea nuestro propósito insistir ahora en la psicología de este fenómeno, no por ello es menos cierto que el incremento regular de los suicidios sigue ofreciendo la prueba de una grave perturbación en las condiciones orgánicas de la sociedad. Para que estos actos anormales se multipliquen, es preciso que las ocasiones de sufrimiento también se hayan multiplicado y que, al mismo tiempo, la fuerza de resistencia del organismo haya disminuido. En consecuencia, podemos estar seguros de que las sociedades en las que los suicidios son más frecuentes no gozan de tan buena salud como en las que éstos no lo son tanto. Tenemos así un método para abordar el problema de la población, motivo de tanta controversia. Si conseguimos establecer que el desarrollo de la natalidad va acompañado de un incremento del número de suicidios, podremos inducir de ello que una natalidad demasiado fuerte es un fenómeno mórbido, un mal social. En cambio, una constatación inversa implicaría la conclusión contraria.

Varios hechos sobre los que los demógrafos han llamado la atención parecen confirmar la primera de estas propuestas. En los países en los que la población es muy densa hay muchos suicidios, y éstos disminuyen siempre que la emigración, que funciona como válvula de seguridad, viene a aliviar a la sociedad de esa plétora amenazadora². En consecuencia, si nos limitásemos únicamente a estas observaciones, podríamos considerar que las estadísticas confirman el maltusianismo. No es mi propósito poner en duda estos hechos; quisie-

¹ Ver NADAILLAC (le marquis de), *Affaiblissement de la natalité en France*, París, 1881, pp. 121 y ss.

² LEGOYT, *Suicide ancien et moderne*, p. 257.

ra, sin embargo, oponerles otros hechos contrarios tan numerosos y tan importantes que limitan el alcance de los primeros. Dicho de otro modo, si una natalidad excesiva incita al suicidio, una natalidad escasa produce exactamente los mismos resultados.

Este estudio se propone exponer los hechos que demuestran esta ley para luego interpretarlos.

I. SUICIDIO Y NATALIDAD EN DISTINTOS PAÍSES DE EUROPA

Si reunimos en una misma clase los países de Europa en los que se da el mayor número de suicidios, en otra aquellos en los que se da el menor número, y si buscamos cuál es la natalidad media en estos dos tipos de sociedades, obtenemos el siguiente resultado.

Países en los que el suicidio es más frecuente

	<i>Suicidios por 1.000.000 de habitantes</i>	<i>Nacimientos por 1.000 habitantes (1865-76)</i>
Dinamarca (1866-75)	267	30,9
Francia (1871-75)	150	25,7
Suiza (1876)	196	30,4
Prusia (1871-75)	133	38,5
Austria Cisleitania (1873-77)	122	38,7
Baviera (1871-76)	90	39,2
Suecia (1871-75)	81	30,4
Noruega (1866-73)	74	30,3
Inglaterra y Gales (1871-76)	70	35,5
Media	131	33,3

Países en los que el suicidio es menos frecuente

	<i>Suicidios por 1.000.000 de habitantes</i>	<i>Nacimientos por 1.000 habitantes (1865-76)</i>
Hungría (1864-65)	52	41,7
Bélgica (1866-75)	67	32,1
Holanda (1869-72)	35	35,6
Italia (1864-76)	31	37,1
Finlandia (1869-76)	31	34,5
España (1866-70)	17	35,7
Rumanía ??	25	30,2
Escocia ??	34	35,1
Media	36	35,7

Así, mientras que en los países en los que se da la mayor cantidad de suicidios hay 33,3 nacimientos por 1.000 habitantes, en los países en los que se da el menor número de suicidios se producen 35,7. Ciertamente, la diferencia no es muy importante, y si no dispusiéramos de otra prueba para apoyar nuestra tesis, no deberíamos admitir entre el suicidio y la natalidad más que una lejana y vaga relación. Sin embargo, existe un primer hecho que no se debe descuidar. No nos negaremos a atribuirle mayor importancia aun si nos paramos a pensar que la escasa natalidad no podría ser en ningún caso más que una de las innumerables condiciones de las que depende el desarrollo del suicidio. Es, pues, muy importante que, de estas múltiples influencias, la de la natalidad se destaque con una nitidez suficiente. Para apreciar con toda su exactitud este primer documento, es preciso tener en cuenta sobre todo el hecho de que, entre los países que forman parte de la primera clase, hay unos en los que la abundancia de suicidios no se debe seguramente a una escasa natalidad, sino más bien a una natalidad demasiado alta. Éste es, sin lugar a dudas, el caso de Alemania. La sola presencia de este país tan prolífico en la primera de nuestras dos clases incrementa sensiblemente su natalidad media. En efecto, si restamos de ella Prusia y Baviera, tenemos:

- País en el que el suicidio es más frecuente. Natalidad media, 31,7.
- País en el que el suicidio es menos frecuente. Natalidad media, 35,7.

Si, pese a la presencia de esta causa perturbadora, la influencia de una escasa natalidad en el suicidio se hace sentir, se debe a que, pese a todo, es bastante general. Por esta razón, Morselli, cuyo cuadro anterior hemos utilizado, no puede hacer más que reconocer el hecho y, al mismo tiempo, renunciar a explicarlo. Pide que se someta este cuadro a un examen más detallado³. Es lo que vamos a intentar hacer.

Esta primera experiencia es doblemente instructiva. Al tiempo que nos proporciona una primera prueba, ciertamente imperfecta, de nuestra hipótesis, nos indica dónde debemos ir a buscar los elementos de una demostración más completa. Obviamente, no encontraremos los hechos necesarios ni en los países en los que la natalidad es muy fuerte ni en aquellos en los que es simplemente buena. En efecto, en los primeros la natalidad tendería más bien a ocasionar el suicidio en vez de prevenirlo; en los otros, no tendríamos un campo de observación suficientemente variado. Debemos, por tanto, recurrir a un pueblo en el que la natalidad media sea baja. Francia cumple perfectamente este requisito.

³ MORSELLI, *Il suicidio*, p. 199.

II. SUICIDIO Y CRECIMIENTO FISIOLÓGICO EN LOS DEPARTAMENTOS FRANCESES

Se suele medir la natalidad dividiendo el número de nacimientos anuales, tras la deducción de los nacidos muertos (So), por la cifra total de la población (N). De esta forma, se obtiene lo que se denomina natalidad general. Sin embargo, esta medida es de las más imperfectas, ya que la población general incluye un gran número de individuos que no son capaces aún o que ya no son capaces de reproducirse, los impúberes y los ancianos; y, al estar distribuidos de modo desigual por el territorio, la comparación de los departamentos desde el punto de vista de la calidad resulta, por lo tanto, desvirtuada. Allí donde son más numerosos, disminuye aparentemente la cifra de la natalidad al incrementar el denominador N de la relación N/So . Por este motivo, preferimos, cuando podamos, calcular la natalidad eliminando de N todos los elementos impropios a la generación, es decir, dividiendo el número anual de nacimientos por el total de la población púber (entre los 15 y los 50 años en el caso de las mujeres).

Sin embargo, lo que obtenemos de este modo es sobre todo la cifra de la fecundidad media, y no es lo que nos interesa de momento. En efecto, queremos estudiar la natalidad en su función social, que consiste en mantener la vida de la sociedad. Ahora bien, está claro que el modo como esta función se cumple no puede apreciarse simplemente a través de la cifra de nacimientos; pero debemos tener en cuenta los vacíos que estos nacimientos están destinados a colmar, es decir, los fallecimientos. Una misma actividad reproductora puede ser considerable o escasa, dependiendo del mayor o menor grado de pérdidas que deban compensarse. Dicho de otro modo, el efecto socialmente útil de la natalidad —y siendo éste el único que nos importa— sólo puede expresarse en función de la mortalidad. Una sociedad prolífica, pero en la que la mortalidad es también muy fuerte, no goza de mejor salud que otra en la que hay menos nacimientos aunque igualmente menos muertes. Por este motivo, compararemos la cifra de suicidios en los distintos departamentos franceses relacionándola no con la natalidad propiamente dicha, sea ésta general o especial, y sí con el incremento de la población resultante del exceso de nacimientos en comparación con los fallecimientos. Es lo que se ha denominado con toda exactitud el crecimiento fisiológico. El incremento así calculado ofrece, además, la gran ventaja de no tener en cuenta los movimientos migratorios de un departamento a otro, lo cual podría, evidentemente, dificultar nuestra investigación.

En *Compte général pour l'administration de la justice criminelle en France*, año 1880, el señor Yvernès distribuyó los departamentos en seis clases, según la frecuencia de suicidios cometidos cada año entre 1830 y 1880⁴. Vamos a buscar, pues, cuál fue, durante aquel mismo período o durante un período

⁴ Ver tabla 11.

muy parecido a éste, el crecimiento fisiológico medio en cada una de estas seis clases. Lo reproduzco tal cual el señor Bertillon lo calculó para los primeros sesenta y nueve años de este siglo (1801-1869)⁵. Por otra parte, ya que la primera de estas seis clases sólo incluye un departamento, el Sena, la agrupo con la siguiente en los cálculos que figuran a continuación.

I.^a CLASE (*Entre 39 y 28 suicidios al año por 100.000 habitantes*)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Sena	2,4
Sena y Oise	0,7
Sena y Marne	2,6
Marne	2,6
Oise	1,5
Incremento medio	1,9

II.^a CLASE (*Entre 21 y 17 suicidios al año por 100.000 habitantes*)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Sena Inferior	3,6
Aisne	4,3
Aube	2
Eure y Loira	2,1
Var	0,3
Incremento medio	2,4

⁵ Ver *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, artículos «France», «Démographie». Sólo figuran en mis cálculos 82 departamentos; he omitido los Alpes Marítimos y las Saboyas, cuya demografía se conoce desde hace demasiado poco tiempo, y los departamentos anexionados en 1870 que ya no figuran en el mapa de suicidios elaborado por el señor Yvernès.

III.^a CLASE (*Entre 16 y 12 suicidios al año por 100.000 habitantes*)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Eure ⁶	-0,6
Charente-Inferior	1,7
Vaucluse	4,5
Alpes-Bajos	2,9
Bocas del Ródano	2
Paso de Calais	5,6
Ardenas	6
Mosa	3,7
Côte-d'Or	2,8
Indre y Loira	2,5
Drôme	5,6
Somme	3,5
Ródano	5,8
Yonne	2,2
Loir-et-Cher	3,7
Loiret	3,4
Incremento medio	3,49

IV.^a CLASE (*Entre 11 y 5 suicidios al año por 100.000 habitantes*)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Doubs	5,1
Jura	2,7
Alto Saona	4,7
Dordoña	3,4
Cher	7,8
Indre	6,2
Nièvre	5,9
Deux-Sèvres	4,8
Tarn y Garona	0,6
Gironda	2,1
Isère	5,5
Maine y Loira	3,6
Saona y Loira	5,6

⁶ El cuadro del señor Bertillon atribuye al Eure un incremento de +0,6; pensamos que es un error de signo y rectificamos. Al igual que más adelante en el caso de Calvados.

IV.^a CLASE (*Entre 11 y 5 suicidios al año por 100.000 habitantes*)
(Continuación)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Mayenne	3,9
Alto Marne	3,4
Calvados	-0,1
Hérault	4
Lot-et-Garonne	0,3
Orne	1,4
Sarthe	3,4
Mancha	2,1
Charente	2,3
Norte	7
Corrèze	6,1
Alto Viena	4,7
Loira	8,3
Aude	5,1
Pirineos Orientales	6,6
Vosgos	6,4
Ardeche	7,2
Landas	4,6
Bajos Pirineos	4,9
Vandea	6,2
Viena	5,6
Côtes-du-Nord	3,7
Finistère	5
Ille-et-Vilaine	2,8
Loira Inferior	5,7
Morbihan	4,4
Allier	5,7
Ain	2,3
Altos Alpes	3,5
Gard	5,5
Incremento medio	4,4

V.^a CLASE (*Entre 4 y 2 suicidios al año por 100.000 habitantes*)

	<i>Excedente anual de nacimientos por 1.000 fallecimientos (1801-1869)</i>
Córcega	6,2
Creuse	6,3
Aveyron	5,6
Lozère	5,9
Altos Pirineos	5,9
Cantal	3,8
Alto Loira	5,5
Ariège	6,3
Tarn	5,4
Alto Garona	4,4
Gers	1
Lot	3,1
Puy-de-Dôme	3,6
Incremento medio	4,8

En estos cuadros vemos que el crecimiento fisiológico medio aumenta de un modo progresivo y regular conforme disminuye el número de suicidios. Estos dos movimientos paralelos continúan desde la primera hasta la última clase sin interrupción y sin excepción. Podemos, por tanto, llegar a la conclusión de que ambos hechos sociales varían en razón inversa uno de otro.

Es cierto que sólo hemos comparado unas medias. Pero era necesario actuar así debido a la multitud de causas accidentales y locales de las que dependen los fenómenos comparados. Era preciso neutralizarlas unas por otras estudiando un número suficiente de departamentos. Además, si en vez de limitarnos a unas medias, analizamos el contenido de los cuadros anteriores, no encontramos nada que no confirme nuestra conclusión.

En efecto, en el caso de toda Francia o, para ser más exactos, en el caso de los 82 departamentos seleccionados, el crecimiento fisiológico medio es 4 (exactamente, 4,03). Si ahora queremos saber cuántos departamentos se sitúan por encima y por debajo de la media en cada una de las cinco clases, vemos que éstas se componen de la siguiente forma:

I. ^a Clase (39-28 suicidios)	<i>Por debajo del incremento medio</i>	<i>Por encima del incremento medio</i>
	Las 100 centésimas partes	Las 0 centésimas partes de la clase
II. ^a _____ (21-17 _____)	___ 80 _____	___ 20 _____
III. ^a _____ (16-12 _____)	___ 68 _____	___ 32 _____
IV. ^a _____ (11-5 _____)	___ 40 _____	___ 60 _____
V. ^a _____ (4-2 _____)	___ 13 _____	___ 77 _____

En consecuencia, las clases que cuentan con el mayor número de suicidios incluyen casi exclusivamente departamentos cuyo incremento se sitúa por debajo de la media. Más adelante la relación se invierte paulatinamente, conforme aumenta el número de suicidios. Podríamos también ofrecer el mismo resultado del siguiente modo. De los 26 departamentos en los que hay más suicidios (1.^a, 2.^a y 3.^a clases), veinte tienen un crecimiento fisiológico por debajo de la media; y de los 41 departamentos cuyo crecimiento fisiológico se sitúa en la media o la supera, 25, es decir, más de las tres cuartas partes, pertenecen a la cuarta y a la quinta clases, aquellas en las que el número de suicidios es el más bajo.

III. PROCEDIMIENTO INVERSO

Para comprobar el resultado anterior, vamos a seguir el procedimiento inverso: clasificaremos los departamentos según la importancia de su crecimiento fisiológico y luego estudiaremos cuál es en cada una de las clases así diferenciadas el número medio de suicidios en cada departamento; es una media calculada sobre cinco años, entre 1872 y 1876. Ciertamente, se trata de un período corto que no corresponde al que sirvió para determinar el crecimiento fisiológico. Desgraciadamente, estas cifras son las únicas de las que disponemos. El señor Yvernès, en su *Compte général*, no nos da más que el límite superior y el límite inferior para cada una de las clases que diferencia; no nos indica cuál es, en el caso concreto de cada departamento, el número medio de suicidios. Es cierto que podíamos haberlo calculado nosotros mismos; pero semejante tarea nos ha desanimado, tarea que, por otro lado, nos ha parecido

menos necesaria teniendo en cuenta la concordancia de todas las pruebas que preceden y de las que vienen a continuación. Además, ya que desde los inicios del siglo el suicidio ha evolucionado de un modo mucho más regular que el crecimiento, no resulta tan indispensable establecer su cantidad anual en relación con un período muy amplio.

Distribuiremos los departamentos en cuatro clases, según el valor relativo de su crecimiento medio.

I.^a CLASE (*Crecimiento de 0,6 a 2,5. 20 departamentos*)

	<i>Suicidios por año y por 1.000.000 de habitantes</i>
Eure	255,1
Calvados	147,5
Var	221,2
Loir-et-Cher	84,5
Tarn y Garona	74
Sena y Oise	388,8
Gers	61,8
Orne	96,9
Oise	407,2
Charente Inferior	160,2
Bocas del Ródano	202,9
Aube	284,8
Eure-et-Loir	273,5
Gironde	122,5
Mancha	84,5
Yonne	219,3
Ain	128,2
Charente	164,3
Sena	400,3
Indre y Loira	213,2
Media de suicidios	199,5

II.^a CLASE (*Crecimiento de 2,5 a 4,5. 26 departamentos*)

	<i>Suicidios por año y por 1.000.000 de habitantes</i>
Marne	380,6
Sena y Marne	383,5
Jura	123
Alto Marne	141,7
Dordoña	115,3
Loiret	206,7
Ille-et-Vilaine	69,2
Côte-d'Or	187,4
Alpes Bajos	195,2
Lot	58,9
Sarthe	141,7
Alpes Altos	115,3
Somme	206,7
Sena Inferior	155,3
Maine y Loira	99,2
Puy-de-Dôme	219,3
Loir-et-Cher	186
Mosa	212,8
Côtes-du-Nord	52,7
Cantal	61,2
Mayenne	82,7
Hérault	78,1
Alto Garona	65,9
Aisne	297,9
Morbihan	64,8
Vaucluse	208,7
Media de suicidios	157,6

III.^a CLASE (*Crecimiento de 4,5 a 6. 24 departamentos*)

	<i>Suicidios por año y por 1.000.000 de habitantes</i>
Landas	83,1
Alto Saona	118,1
Alto Viena	101,1
Bajos Pirineos	64,2
Deux-Sèvres	111,0
Finistère	108,2
Doubs	113,9
Aude	74,8
Tarn	55,0
Alto Loira	45,9
Isère	97,9
Gard	114,7
Aveyron	39,7
Drôme	162,2
Viena	93,5
Paso de Calais	146,8
Saona y Loira	144,7
Allier	83,9
Loira Inferior	76,0
Ródano	166,8
Altos Pirineos	39,9
Nièvre	94,1
Lozère	54,6
Ardenas	166,7
Media de suicidios	98,2

IV.^a CLASE (*Crecimiento de 6 a 8,3. 12 departamentos*)

	<i>Suicidios por año y por 1.000.000 de habitantes</i>
Corrèze	69,3
Córcega	28,6
Indre	66,2
Ariège	103,6
Creuse	30,8
Vosgos	69,2
Pirineos Orientales	126,2
Norte	76,0
Ardèche	109,9
Vandea	84,6
Cher	104,9
Loira	70,8
Media de suicidios	78,3

Este segundo procedimiento confirma, por lo tanto, el anterior y también demuestra claramente la relación inversa del crecimiento y del suicidio. La clase en la que el crecimiento es más bajo es también la clase en la que el suicidio es más alto, y vemos cómo, de clase en clase, el segundo de estos términos disminuye conforme se incrementa el primero.

Si, tal como hemos procedido anteriormente, no nos limitamos a trabajar con medias, obtendremos los siguientes resultados:

En el caso de los 82 departamentos observados, la media anual de suicidios por 1.000.000 de habitantes es 138,9. Ahora bien, constatamos en primer lugar que de los 36 departamentos incluidos en la tercera y cuarta clases, aquellas en las que el crecimiento es más alto, solamente cinco se sitúan por encima de la media respecto de los suicidios: y, además, estas cinco excepciones se encuentran todas en la tercera clase; no hay ni una en la cuarta.

Pero podemos llevar el análisis más lejos aún.

El número máximo de suicidios es 407,2 (departamento del Oise) y el número mínimo es 28,6 (Córcega). Dividamos el intervalo que separa estas cifras extremas en cuatro partes y busquemos en cada una de las cuatro clases, establecidas según la importancia del crecimiento, cuántos departamentos existen en los que los suicidios son superiores a 300, cuántos en los que éstos se sitúan entre 300 y 201, entre 200 y 101, entre 100 y 28,6. El resultado aparece en el siguiente cuadro.

Número de departamentos en los que los suicidios están comprendidos entre:

	407 y 301	300 y 201	200 y 101	100 y 28,6	Número total de dptos.
I. ^a Clase: crecimiento de -0,3 a 2,5	3	7	5	5	20
II. ^a Clase: crecimiento de 2,6 a 4,4	2	6	8	10	26
	Los 2 primeros de la clase				
III. ^a Clase: crecimiento de 4,6 a 6,5	0	0	11	13	24
IV. ^a Clase: crecimiento de 6,5 a 8,3	0	0	4	8	12
TOTAL	8	13	28	36	82

Basta con observar este cuadro para ver la confirmación de la relación enunciada⁷.

⁷ En todo lo que precede sólo nos hemos ocupado del crecimiento. Nos ha parecido interesante efectuar la misma comparación para la natalidad especial o fecundidad (número de nacimientos anuales por cada 1.000 mujeres casadas de entre quince y cincuenta años). Obtenemos los siguientes resultados:

IV. SUICIDIO Y CRECIMIENTO FISIOLÓGICO SEGÚN EL GRADO DE AGLOMERACIÓN DE LOS HABITANTES

Esta relación se manifiesta igualmente de otras formas.

Sabemos que en Francia, al igual que en todos los demás países de Europa, los suicidios son mucho más frecuentes en las ciudades que en el campo. «Entre 1873 y 1878, se cometieron 18.470 suicidios en el campo y 15.895 en la ciudad. Si relacionamos la media anual deducida de estas cifras con las poblaciones respectivas interesadas en 1876, tenemos en el campo 123,48 y en la ciudad 221,44 por un millón de habitantes»⁸. En consecuencia, si no nos hemos equivocado en lo anterior, debemos esperar que el crecimiento fisiológico de la ciudad sea muy inferior al del campo. Y, en efecto, es lo que ocurre.

Si observamos únicamente las capitales de departamentos, constatamos que no sólo el crecimiento es mínimo, sino también que la mortalidad es mayor que la natalidad. En 1880, y el mismo hecho se reproduce todos los años, 71 capitales de departamentos de 86 tenían un mayor número de fallecimientos que de nacimientos. Los quince siguientes son la excepción:

Niza, 183. Privas, 102. Mézières, 5. Tulle, 231. Châteauroux, 43. Saint-Etienne, 266. Chaumont, 62. Lille, 658. Tarbes, 39. Perpiñán, 2. La Roche-sur-Yon, 2. Limoges, 57. Epinal, 4. Périgueux, 3.

La ganancia total en estas quince ciudades es de 1.758, mientras que el déficit en las otras setenta y una alcanza la cifra considerable de 13.641.

En lo que respecta a la población urbana y la población rural enteras, las estadísticas de Francia nos dan para 1884 las siguientes evaluaciones:

Población urbana (incluyendo cualquier aglomeración de más de 2.000 habitantes), 13.400.000 habitantes.

Población rural, 24.500.000 habitantes.

La primera representa más de la mitad de la segunda y, por consiguiente, su crecimiento debería ser igual a más de la mitad del crecimiento de esta últi-

	<i>Suicidios anuales</i>	<i>Natalidad especial</i>
I. ^a Categoría de departamentos	38	133
II. ^a Categoría de departamentos	28	139,25
III. ^a Categoría de departamentos	21 a 17	150,2
IV. ^a Categoría de departamentos	16 a 12	161
V. ^a Categoría de departamentos	11 a 5	190
VI. ^a Categoría de departamentos	4 a 2	185

A excepción de la irregularidad que aparece bruscamente en la sexta categoría, el resultado concuerda con los anteriores.

⁸ LEGOYT, *Suicide ancien et moderne*, p. 195.

ma. En realidad, es tan sólo su novena parte. En efecto, durante este mismo año 1884, el crecimiento es:

Para la población urbana, de 8.363;
Para la población rural, de 70.661.

Eso significa que si representamos la primera cifra por 100, deberemos representar la segunda no por 200, sino por 875.

Por último, si comparásemos las dos clases de población desde el punto de vista no del crecimiento, sino únicamente de la natalidad, obtendríamos resultados parecidos. Así, en 1861, teníamos⁹:

En el caso del Sena, una natalidad de 32,1.
En el caso de las demás ciudades, una natalidad de 34,5.
En el caso del campo, una natalidad de 38,7.

Desde hace mucho tiempo se ha venido observando este desigual crecimiento de la población de la ciudad y de la del campo. El señor Maurice Block¹⁰ piensa poder explicarlo por el hecho de que la gente se casa más joven en el campo que en la ciudad. Aparte de que resulta difícil entender cómo un retraso de algunos años puede producir semejante diferencia en el incremento de ambas poblaciones, la relación que acabamos de efectuar entre el crecimiento fisiológico y el suicidio demuestra que la disminución del crecimiento es un fenómeno mucho más importante y depende de causas morales más profundas.

V. CRECIMIENTO FISIOLÓGICO Y SUICIDIO SEGÚN LAS PROFESIONES

Ya sabemos que las profesiones tienen una influencia, a veces muy marcada, en el suicidio: conviene, pues, investigar también cuál es la influencia que ejercen en el crecimiento de la población.

Aunque no sepamos con suficiente precisión de qué modo cada profesión particular incide en la tendencia al suicidio, podemos, sin embargo, dar por hecho que la profesión en la que se dan menos suicidios es la agricultura, y que las que cuentan con el mayor número de suicidios son las profesiones liberales. Entre estos extremos se sitúan el comercio y la industria, sin que se pueda asignarles un puesto muy concreto; sin embargo, parece que el comercio está un poco más expuesto que la industria. Italia es el país en el que la influencia de

⁹ LEGOYT, *La France et l'Étranger*, II, 38.

¹⁰ *Statistique de France*, I, 63.

las profesiones en el suicidio se ha estudiado mejor; no obstante, reproducimos ahora el cuadro elaborado por Morselli¹¹:

	<i>De cada 1.000.000 de individuos de cada profesión, cuántos suicidios</i>
Propiedad mobiliaria e inmobiliaria	113,5
Producción de materias primas	25,0
Industria	56,7
Comercio	246,5
Transportes	154,7
Administración pública	324,8
Culto	45,3
Jurisprudencia	217,8
Profesión médica	163,3
Instrucción y educación	175,3
Bellas artes	94,0
Letras y ciencias	618,3
Ejército	404,1

Tal como vemos, hay muy pocos suicidios entre los agricultores, también pocos entre los industriales, muchos más entre los comerciantes; las profesiones liberales ofrecen un importante contingente. Podemos admitir que esta relación es aproximadamente la misma en Francia: sin embargo, vamos a encontrar una relación inversa respecto del crecimiento fisiológico.

En efecto, según las estadísticas de Francia¹², si omitimos a los domésticos, constatamos que, por término medio, una familia de patronos agricultores comprende 3,53 personas; en la industria ya sólo quedan 2,98; 2,73 en el comercio; 1,74 en las profesiones liberales. Así, las familias de agricultores son superiores en casi una sexta parte a las de los industriales, en más de una quinta parte a los hombres dedicados a las profesiones liberales. En una palabra, las profesiones en las que hay más suicidios son también aquellas en las que hay menos nacimientos, y viceversa.

VI. CONCLUSIÓN

Una vez establecida la ley, sólo queda interpretarla.

La primera conclusión que se desprende de lo anterior es que, cuando la natalidad es demasiado baja, es un fenómeno patológico. En efecto, sea cual

¹¹ La inmunidad de la industria en Italia es incluso un hecho totalmente excepcional. Se debe quizás al escaso desarrollo de la industria italiana.

¹² 2.^a serie, XVII, XLVII.

sea el modo para explicar el suicidio, éste constituye siempre, tal como hemos visto, el indicio de un malestar social y sólo puede aumentar si este mismo malestar aumenta también. Ya que la escasez de natalidad y la agravación de la tendencia al suicidio van unidas con la regularidad que acabamos de mencionar, podemos por tanto ver en ellas dos fenómenos de idéntica especie y atribuir al primero el carácter mórbido que todo el mundo reconoce al segundo. Como consecuencia del paralelismo de su desarrollo, la naturaleza anormal de uno revela la naturaleza anormal del otro.

Muchos sociólogos han sostenido ya que una natalidad demasiado baja es un perjuicio y un mal para la sociedad. Este estudio demuestra que es, además, un perjuicio y un mal para los individuos. Una sociedad que crece regularmente no sólo es más fuerte, más capaz de mantenerse contra las sociedades rivales, sino que los miembros que la componen tienen también más posibilidades de sobrevivir. Su organismo tiene más vigor, más fuerza de resistencia. El señor Bertillon, hablando de los países cuya natalidad es mala, dice que transforman en ahorro, en capitales, parte de su descendencia¹³. Vemos, por lo dicho anteriormente, lo desastroso que resulta semejante inversión para todos y cada uno.

Sin embargo, tal y como decíamos antes, no pretendemos defender que esta relación sea idénticamente cierta en todos los grados de la escala de la natalidad. En cambio, sigue siendo posible que, cuando sobrepasa un nivel demasiado elevado, la natalidad se convierta de nuevo y por otros motivos en una causa de suicidios. En una sociedad en la que la población se multiplica con demasiada rapidez, la lucha por la vida se hace muy dura y los individuos renuncian más fácilmente a una existencia que se ha vuelto demasiado dificultosa. Ambas propuestas, aunque sean aparentemente contradictorias, se concilian perfectamente. En efecto, no debemos olvidar que la natalidad es un hecho social, y por tanto vivo. Ahora bien, no existe ninguna propiedad orgánica que resulte buena indefinidamente y de modo absoluto. Todo desarrollo biológico es sano desde cierto punto hasta otro: hay para todos los fenómenos de la vida una zona normal por debajo y por encima de la cual se vuelven patológicos. Eso es lo que ocurre con la natalidad. Éste es el sentido de la relación que hemos establecido; pero ¿cuál es su causa? Tras interpretarla, debemos explicarla. ¿A qué se debe que, al menos dentro de ciertos límites, la curva de la natalidad desciende conforme sube la del suicidio, y viceversa?

Obviamente, ambos hechos, la multiplicación de suicidios y el descenso de la natalidad, deben tener uno o varios motivos que les sean comunes. Pero ¿cuáles son estos motivos?

Tal como dijo en alguna ocasión el señor Bertillon, el suicidio siempre es el síntoma de un organismo desequilibrado: ahora bien, esta ausencia de equilibrio puede deberse bien a motivos orgánicos, bien a motivos sociales. Unas veces el mismo ser es el que está viciado, sus funciones son las que resultan fal-

¹³ BERTILLON, artículo «Natalité» del *Dict. encycl. des sciences médicales*, 2.ª serie, II, 490.

seadas y alteradas, cuando el medio está sano; otras veces el mismo medio es el que no es normal. A decir verdad, es muy probable que no existan suicidios en los que ambos motivos no concurren juntos. Un organismo perfectamente intacto resistiría al medio, y si el medio no tuviese tampoco nada patológico, los gérmenes mórbidos que el organismo pudiese encerrar no podrían desarrollarse. Pero, aunque ambos motivos estén presentes siempre, son unas veces uno y otras veces otro los que tienen mayor influencia y marcan el suicidio con su carácter propio. En algunas ocasiones se han clasificado los suicidios en dos grandes especies: unos absurdos, otros razonables y razonados. Los primeros son aquellos que resultan casi exclusivamente de la tara orgánica y en los que los motivos sociales no han desempeñado sino un papel ocasional; los otros, al contrario, se desprenden lógicamente de la naturaleza del medio y son, por tanto, inteligibles.

La primera de estas causas no es común a los dos fenómenos comparados y no podría, por lo tanto, explicar su relación. En efecto, una verdad demostrada en demografía consiste en el hecho de que la natalidad depende muy poco de la raza. Una misma raza es o no es muy prolífica según las circunstancias y el medio en los que se halla. La raza francesa en Francia tiene dificultad en compensar sus pérdidas anuales; en Canadá, se multiplica con gran rapidez. La raza normanda es muy fecunda en Inglaterra; pero lo es muy poco en Normandía. Estos hechos, así como otros que podríamos mencionar, demuestran que la natalidad depende mucho menos de algunas predisposiciones orgánicas que de las costumbres y de las ideas imperantes en la sociedad. Aunque la esterilidad individual pueda deberse a un estado fisiológico, la esterilidad masiva es el resultado de otras causas. Además, sabemos muy bien que, antes que imponerse a los individuos por necesidades orgánicas, ésta constituye una práctica buscada, una suerte de disciplina, a la que los individuos se someten deliberadamente. Por otra parte, es cierto que los departamentos en los que se dan el mayor número de suicidios y el menor número de nacimientos son también aquellos en los que hay el mayor número de alienados. Pero esto tan sólo demuestra que la locura, al igual que el suicidio y la natalidad, no resulta únicamente de variaciones individuales y accidentales sino, en buena parte, de causas sociales. Los sistemas nerviosos tarados no se multiplican solamente en un grupo como consecuencia de cruces desafortunados y de predisposiciones hereditarias, sino también como consecuencia de malas condiciones sociológicas en las que se hallan inmersos. Con frecuencia, las causas orgánicas no son sino causas sociales transformadas y fijadas en el organismo. En definitiva, las consecuencias sociales son las únicas que, siendo comunes al suicidio y a la natalidad, pueden igualmente justificar su relación.

Para determinar con mayor precisión la naturaleza exacta de estas causas, vamos a relacionar la natalidad con otros hechos que confieren también la inmunidad contra el suicidio. Sabemos que las parejas están mucho menos expuestas al suicidio que los solteros, y los padres de familia que las parejas sin hijos; sabemos que en un medio donde la familia es muy fuerte, donde las tra-

diciones domésticas tienen tanta fuerza que resisten a las luchas intestinas que, en otros casos, disuelven el matrimonio; dicho de otro modo, sabemos que en un medio donde los divorcios y las separaciones de cuerpo son escasas, también son escasos los suicidios, y que en un medio donde los primeros son frecuentes, lo mismo ocurre con los segundos. Todos estos hechos demuestran que, en un medio donde la familia existe, ésta protege contra el suicidio y que cuanto más viva y más unida esté, en mayor grado tendrá esta virtud protectora. Ahora bien, una buena natalidad supone naturalmente familias lo suficientemente densas; pero éstas, a su vez, sólo son posibles en un medio donde los hombres están predispuestos y acostumbrados a la solidaridad doméstica y anteponen a la comodidad material los placeres de la vida en común. Sin duda, estas preferencias se fijan normalmente de un modo instintivo e irreflexivo; pero eso no tiene importancia. Sean o no deliberadas, no cambian de naturaleza. Con frecuencia se ha dicho que si las familias escaseaban era porque los padres no querían comprometer ni su bienestar personal ni el de sus hijos. Lo admito aunque, quizás, el bienestar material no hubiese tomado tanta importancia en la moral popular si las alegrías de la vida colectiva no la hubiesen perdido. En consecuencia, todo debilitamiento de la natalidad implica un debilitamiento del espíritu doméstico: ahora bien, acabamos de ver que este último induce al suicidio. Ésta debe ser, por tanto, la causa común que intentamos demostrar. Si el suicidio progresa cuando la natalidad declina, es porque ambos fenómenos también se deben en parte a una regresión de los sentimientos domésticos.

Pero ¿a qué se debe esta propiedad benéfica de la familia? No se trata aquí de las ventajas económicas que puede ofrecer la sociedad doméstica. Cuando pensamos en las preocupaciones, en el aumento de trabajo, en las responsabilidades y en las penas de todo tipo que traen consigo las familias numerosas, ¿quién se atrevería a decir que la balanza de las ventajas y de los inconvenientes puramente utilitarios se salda por un beneficio o por un déficit? Si adoptamos este punto de vista, ya ni siquiera vemos cuáles pueden ser las razones de ser de la familia, y nos conformamos, tal como hace el señor Renan en alguna ocasión, con ver en el amor paternal no sé qué invención fabricada por la naturaleza contra los individuos, con el fin de obligarlos a servir sus fines. Dado lo que acabamos de decir, no existe más que una respuesta a la pregunta, y es la siguiente: la vida en familia está en la naturaleza del organismo humano, al menos tal y como resulta de la evolución. De la forma en que el hombre está constituido actualmente, está hecho para unirse con algunos de sus semejantes en una comunidad más estrecha que las relaciones mundanas y de la mera amistad; y se explica fácilmente cómo ha podido nacer y consolidarse esta necesidad. En efecto, en estas circunstancias, el individuo forma parte de una masa compacta de la que es solidario y que multiplica sus fuerzas: de esta forma, aumenta su poder de resistencia. Tiene más fuerza para luchar en la medida en que está menos aislado. Por el contrario, en un medio en el que las familias son escasas, pobres, diminutas, al estar menos unidos los individuos,

dejan entre sí unos vacíos en los que sopla el viento frío del egoísmo que huela los corazones y abate los ánimos.

Este breve estudio es una prueba más para apoyar esta verdad, a saber, que, en las cuestiones sociales, el punto de vista social es el que predomina. Se suele estudiar la natalidad sobre todo en sus consecuencias económicas; se investiga qué influencia puede tener sobre la producción o sobre la distribución de los bienes, es decir, sobre los intereses de los individuos, y creemos poder explicar sus movimientos con estas únicas consideraciones. Acabamos de ver que es esencialmente una condición y un indicio de la buena salud de las sociedades. No son tanto los cálculos utilitarios —demasiado eruditos, además, para tener una eficacia en la mayoría de las voluntades— como ciertos sentimientos sociales que, según si están presentes o no, favorecen la vida en grupo o alejan de ella, los que determinan sus variaciones. Lo mismo ocurre con el suicidio. Con frecuencia ha sido presentado como un desenlace del conflicto de los intereses individuales y se han explicado sus progresos por la creciente intensidad de la competencia, de la lucha por la vida (Morselli). Pero se debe también a otras causas propiamente sociales, morales si se quiere; acabamos de indicar una de ellas, quizás una de las más importantes.

(Traducción: Evelyne TOCUT.)